salvajismo viven las santas creencias. No... la verdadera piedad aquí no existe. No hay más que un artificio muy tosco, y un antifaz muy negro para esconder la discordia, el miedo á la luz...

PERF. (Cogiondo á Rosario y llevándosela hacia la easa.) Hija mía, vámonos de aquí... No podemos oir esto.

PEPE (Viendo á Rosario, que aterrada, se aleja.) ¡Ah!... ¡qué he dicho?... (Como si volviera en si.) ¡Oh, qué ofuscación!...
Es que me han irritado... No, no, no he dicho nada... No, no, querida tía, Rosario...

ROSAR. (Llorando.) ¡Ay de mí!

Pepe Señora... perdóneme usted.

Perf. Te perdonamos, pero no te oímos, no. Vámonos... Puedes seguir... sigue...

PEPE (Aturdido.) No, si no digo nada, si yo... señor don Inocencio, Jacinto, señores... (Todos permanecon mudos y se van escabullendo hacia la casa.) ¡Y es esta la paz que creí encontrar aquí!

CAB. Si usted quiere marcharse de Orbajosa, ya sabe...

Pepe ¿Marcharme...? No, no. (con gran firmeza.) Aquí triunfo, ó muero.

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

Sala baja en la casa de doña Perfecta. Al foro izquierda una ventana grande que da á la calle, ó al jardín: al foro derecha puerla grande, por donde entran los que vienen del exterior.

A la derecha, en primer término, una puerta, de la cual arranca la escalera interior que conduce á las alcobas de la casa. En el segundo término, el paso al comedor. A la izquierda la puerta del cuarto de Pepo Rey.

La estancia es anticuada, patriarcal, revelando las costumbros rutinarias do una familia rica y noble que vive en un pueblo. Mucha limpieza y arreglo en el mueblaje, que también es antiguo, y de cierto valor artístico. Cuadros religiosos y de familia.

Mesa á la izquierda, y en ella una lámpara encendida. Empieza el acto después de anochecer.

ESCENA PRIMERA

PEPE REY, muy abatido, echado en un sillón; DON CAYETANO, que entra por la derecha.

CAYET. ¿Pero qué tienes...? ¿aburridito...?

PEPE ¡Loco!

CAYET. Por no hacerme caso... Si hubieras querido ayudarme á coordinar las *Vidas de Orbajosenses ilustres...* Seis horas se me han pasado en un soplo.

Pepe Yo no arreglaría á los orbajosenses ilustres y no ilustres, más que de una manera.

CAYET. ¿Cómo?

PEPE A tiros.

CAYET. ¡Bah!... ya estás con tu idea maniática.

Pepe ¡Que vida la mía! Se reduce á vagar por este feísimo pueblo, en compañía de don Juan Tafetán, que es mi único amigo. Hemos visto la catedral no sé cuántas veces. Por cierto que esta mañana...

CAYET. ¿Qué?

Pepe Nada... Pues el pobre Tafetán se desvive por distraerme: me lleva á las huertas, á visitar ruinas celtíberas ó romanas; me pasea por todo el pueblo, me introduce en las tertulias de la botica ó de las tiendas, procura, en fin, disipar el tedio inmenso que me consume. (Exaltándose.) ¡Esto es horrible, esto no tiene nombre!... Vivo en esta casa, y ya van cinco días, cinco, que no puedo ver á Rosario... «Que está enferma, que duerme de día, que no quiere ver á nadie, y tal y qué sé yo...» ¡La esconden de mí, me apartan de ella como un apestado!

CAYET. ¡Hombre, no! La niña tiene un arrechucho nervioso que exige, según los médicos, descanso, soledad, aislamiento.

Pepe ¿Pero es tan grave su mal, que yo, su primo, su... iba á decir su prometido, en fin, yo, no puedo pasar á verla?

CAYET. No sé...

Pepe ¡Ah, mi buen don Cayetano, si viera usted qué cosas se me ocurren! Mis pensamientos son negros, huraños, recelosos, como el pueblo en que vivo. He dado en creer que la enfermedad de Rosario es un artificio de su madre para que la pobre niña no pueda verme ni hablarme...

CAYET. ¡Por Dios, Pepe...! No, no; eso no te lo paso... ¡Suponer que Perfecta, que es toda bondad, cariño, dulzura...! No, hijo, no, no.

ESCENA II

DICHOS; JACINTITO, por la izquierda, con un fajo de papeles, como de pleito.

JACINT. Señor don José... ¿le molesto? PEPE ¡Ah!... Jacintito... ¿qué tal?

JACINT. Pasando. ¿Y usted?... Señor don Cayetano...

Pues,... mucho siento, señor don José, tener que hablar á usted de este desagradable asunto.

Pepe ¿El pleito?... digo, los... porque ya pleitea conmigo medio Orbajosa.

CAYET. ¿Y tú defiendes á ese marrullero de Licurgo?

JACINT. No señor.

PEPE ¿A los Farrucos?

JACINT. Ellos quieren; pero mi amistad con esta familia no me permite encargarme de tal defensa. Señor de Rey, he estudiado detenidamente el asunto, y... como letrado y como amigo, me tomo la libertad de aconsejarle que transija.

 PEPE (Indignado.) ¡Transigir con esa pillería! ¡Acceder á sus enredos! ¡Nunca!

JACINT. Mire usted que el Juez ha dictado una providencia, mandando... Ahí tiene, para que se entere... (Deja los papeles sobre la mesa.)

PEPE No necesito ver nada. ¡Son ellos tercos? Yo más.

CAYET. (Interrumpiéndole.) Con todo, Pepe, vale más que cedas...

Pepe (Con energía.) No, no... Odio á la negra Orbajosa, y á todos sus habitantes.

ESCENA III

DICHOS; DOÑA PERFECTA por la derecha.

PERF. (Con zalamería) ¿También á mí?

PEPE A usted no... (Dudando.) Querida tía... A usted no.

PERF. Por qué tan furioso?

Pepe Porque me siento extranjero en esta ciudad tenebrosa de pleitos, de antiguallas, caciquismo y envidia solapada... No puedo vivir más tiempo aquí. Me voy, me voy; pero entiendase bien, sin desistir de lo que aquí me trajo. Señora, yo vine á casarme con su hija de usted. Démela usted, y me voy.

Perf. ¿Lo ven ustedes? Si es una centella. ¡Qué carácter, Dios mío! Y hay que tener cuidado con él,

pues á lo mejor, por cualquier palabrita, se dispara y nos llama bárbaros, supersticiosos...

CAYET. Querido Pepe, ten calma. Ya sabes que mi hermana con muchísimo gusto te llamará su hijo. Rosario no se opondrá tampoco queriéndolo ella. ¿Qué falta, pues? Nada más que un poco de tiempo.

Vamos, como tú no piensas más que en máqui-PERF. nas, todo quieres llevarlo al vapor, ¡hala, hala! Espera, hombre, espera. Ese aborrecimiento que le has tomado á nuestra pobre ciudad, es una monomanía absurda.

(Descorazonado.) Es que hasta las piedras parecen le PEPE vantarse contra mí.

PERF. ¿Lo dices por los pleitos? ¿Tengo yo la culpa? Que te diga éste (Por Jacinto.) la chillería que anoche le eché al buen Licurgo.

JACINT. Sí, sí; buena peluca se llevó, por su furor jurídico y litigante.

Y hay más: desde que estoy aquí no he recibido PEPE carta de mi padre.

CAYET. No te habrá escrito.

Imposible. (Oyendo aldabonazos en la puerta de la casa.) PEPE

PERF.

CAYET. Veremos lo que trae. (Vase don Cayetano por la izquierda.)

Puede que hoy recibas carta. PERF.

Señora doña Perfecta, ó yo tengo la cabeza trastornada, ó me salen enemigos de todas las grietas de todos los rincones de este pueblo fatídico. Veo sombras que corren tras de mí, ó se adelantan buscándome las vueltas, rostros entapujados que me acechan...

Pero, hijo, tan científico, y crees en fantasmas?

JACINT. Don José, no recele de esta hidalga gente.

CAYET. (Entrando con varias cartas.) Hay una para tí.

Gracias á Dios. A ver si es de tu padre.

(Cogiendo la carta.) No, no es de mi padre. ¡Si es un pliego del Ministerio! (Lo abre y lee rápidamente.) ¡Oh! (Atónito.)

PERF. ¿Qué es eso, hijo?

CAYET. ¿Qué?

Una comunicación del Ministro de Fomento, relevándome del cargo que me confirió en esta zona.

PERF. Cómo! ¿Es posible...?

JACINT. Pero de un gobierno así, ¡qué se puede esperar?

CAVET. ¡Infamia mayor!

(May nervioso, arrojando el pliego sobre la mesa.) ¡Oh, yo descubriré la mano misteriosa...!

¡Ay, Dios mío! ¡También de esto le echas la culpa á nuestra pobre patria, donde todo es buena voluntad, paz, sencillez...?

(Con tonacidad) jAh, sí, este tiro ha salido también PEPE de aquí! Mi corazón lacerado me lo dice á gritos. No puedo, no puedo dudarlo. En esto, como en lo otro, veo una persecución sistemática, una guerra insidiosa.

CAYET. Pepe, no seas niño.

JACINT. Nada, es manía....

PERF. Iluso, vuelve tus ojos á Madrid, dirige tus sospechas á los políticos corrompidos, á los compañeros envidiosos... (Vivamente.) Te advierto una cosa. y es que si quieres ir allá para averiguar la causa de este desaire, y pedir explicaciones al gobierno, no dejes de hacerlo por nosotros...

¡Qué? (Fija los ojos en el semblante de su tía, como queriendo PEPE escudriñar sus más escondidos pensamientos.)

(Con calma admirable, y tono de la más perfecta lealtad.) Digo, PERF. que si quieres ir, sobrino mío... vayas... ¿A qué ese asombro?

(Después de una pausa.) No señora... no pienso ir allá.

PERF. Mejor ... mejor.

CAYET. Aquí estás más tranquilo. ¿Qué te falta?

PEPE

El médico ha mandado que no entre nadica ver-

la. Pero está mejor. Se va calmando, calmando...

CAYET. ¡Ah, los condenados nervios! el mal de la familia. Pero todo esto, señores míos, señora hermana, no será obstáculo, supongo, para que cenemos.

PERF. Aún es temprano. Pero si quieren ya...

PEPE Yo no ceno.

PERF. ¡Otra!

PEPE No tengo gana. He merendado en el Casino.

PERF. Bueno. Tú, Jacintillo, te quedarás á cenar.

JACINT. Si usted lo manda...

PERF. (A Pepe Rey.) ¿Sales?

PEPE No: tengo que escribir.

JACINT. Don José, no deje de enterarse (Schalandole los papeles.)

PEPE (Com hastio.) No por Dios. Quedamos en que no transijo...

JACINT. Lo siento... Usted verá...

PERF. Eso, eso. ¡A sangre y fuego! Consúmete la figura, revuélvete los humores, hombre rencoroso y soberbio. Aprende de mí; mírate en mi serenidad, en mi mansedumbre ante las adversidades. Estas, como las dichas, vienen de Dios. Yo las acepto... y callo.

PEPE (Con calma sombría, mirándola fijamente.) Ya aprendo, señora, en ese libro; ya me miro en ese espejo.

TAFET. (En la puerta del foro.) ¿Se puede?

PERF. Aquí tienes á tu gran amigote y compinche.

ESCENA IV

DOÑA PERFECTA, PEPE REY, DON CAYETANO, JACINTITO, DON JUAN TAFETAN

TAFET. Ilustre señora, nobles caballeros...

CAYET. Bien venido sea el primer punto de Orbajosa, y el proto-tipo de la vejez pizpireta.

Perf. Celebro que venga usted, Tafetán; este señorito se nos muere de tristeza, y usted sólo sabe alegrarle (*).

CAYET. Corriéndola por ahí, día y noche.

Perf. ¡Sabe Dios, sabe Dios!... Ay, Tafetán, tiemblo de ver á mi sobrino en tan mala compañía.

JACINT. ¡Y tan mala! Este don Juan es tremendo. ¡Si supiera usted sus aventuras!

TAFET. Jacintito, flor temprana, no hables de mis aventuras, que nos ruborizamos.

JACINT. ¡Viejo verde!

TAFET. Verdura me dé Dios, alegría honesta para pasar los cansados años.

LIBR. (En la puerta del comedor.) Señora, la cena.

PERF. ¿Quiere usted cenar, don Juan?

TAFET. Mil gracias, señora.

PERF. (Agarrando á Jacintito por el brazo.) Vamos. (Vanse los tres.)

ESCENA V

PEPE REY; DON JUAN TAFETÁN

TAFET. ¿Nos echamos á la calle? PEPE No: estoy fatigadísimo.

TAFET. Como que anduvimos hoy todas las estaciones, Casino, botica, alameda, tienda del Valenciano, y por fin, paseo por las calles para ver las niñas guapas. ¡Y que las hay hermosas!

Pepe Para mí no hay hermosura, ni amenidad, ni alegría en ninguna parte.

TAFET. ¡Jí, jí!... Vamos, ¿á que le pongo yo á usted en un periquete, con dos palabritas, más alegre que unas Pascuas?

PEPE ¿A que no?

TAFET. A que sí. ¡Jí, jí!... (Con misterio.) Quiero ayudarle á usted de una manera práctica y eficaz en la lucha que sostiene... Nada, queridísimo amigo, que este cura, Juan Tafetán, le va á sacar á usted de penas.

PEPE Veámoslo.

TAFET. Deme usted un abrazo, iji, ji!...

PEPE Expliquese.

^(*) Pepe Rey, Tafetán, doña Perfecta, Jacintito, don Cayetano.

TAFET. La señora doña Perfecta, que es tremenda... esa sí que es tremenda, tremebunda... ya la irá usted conociendo... le ha cortado á usted toda comunicación con la angelical Rosarito.

Pepe Si... Y que no hay en el mundo criados más incorruptibles que los de esta casa.

TAFET. ¡Jí, jí!... Venga otro abrazo. Y la más incorruptible, Librada, guardiana ó cancerbera de la señorita. Usted ha intentado sobornarla...

Pepe Inútilmente. Su fidelidad es arisca, punzante, feroz...

TAFET. Feroz... jjí, jí!... esa es la palabra. Pues bíen, á esa fiera, ya la tiene usted domada.

PEPE ¿Qué me dice, don Juan? ¿Por qué medio?

TAFET. Por uno tan fácil como grato para mí. Es mi genio, jjí, jí!... Es mi flaco, jjí, jí!... mi fuerte, mejor dicho.

PEPE ¿Pero cómo?

TAFET. Haciéndole el amor... jí, jí!...

PEPE ¡El amor!

TAFET. No se escandalice. Es platónico... Restos, amigo Pepe, restos marchitos de una existencia consagrada á la galantería, ¡íi, ¡í!...

Pepe ¿Pero es de veras?

TAFET. Como usted lo oye. Esta tarde en la plaza, después de dejarle á usted, y esta noche en la tienda, hemos quedado de acuerdo. ¡Oh, yo soy de una sombra increible para estas cosas! La he vuelto loca, Pepe, loquita. Con esto, y con ofrecerle colocar en el Fielato á su novio, se ha pasado del partido de la tía al del sobrino. En suma, que Librada, el cancerbero implacable, se compromete á llevar y traer toda la correspondencia que exijan estas aflictivas circunstancias.

PEPE (Con viveza) ¡Oh, felicidad! Voy á escribirle.

TAFET. Espérese usted. La niña está acongojadísima. No hace más que llorar.

PEPE Y maldecir su forzoso encierro.

TAFET. Del cual se consuela pensando en su primo, á quien adora, y saliendo en su busca...

PEPE (Sorprendido.) ¿Cómo es eso?

TAFET. ¡Jí, jí!... No hay jaula bastante segura para un pajarito que quiere volar... (Bajando la voz.) Anoche, Rosarito y Librada, mientras doña Perfecta dormía... la señora duerme al lado de acá... allá la niña...

PEPE Si.

TAFET. Pues la cautiva y su carcelera se salieron del cuarto muy entapujaditas, y silenciosas bajaron aquí, y recorrieron todo este piso como dos fantasmas, jí, jí!... Salieron al patio, volvieron acá, revolvieron todo... Rosario se consolaba mirando á la puerta del cuarto de usted...

PEPE ¡Aquí... anoche!... ¿Á qué hora?

TAFET. Entre diez y once.

Pepe ¡Y yo en el Casino, estúpidamente aburrido!... (Impaciente.) Voy á escribirle.

TAFET. (Cogiéndole por un brazo.) Calma. Ella será la primera que escriba. La pobre carecía de utensilios de escritura. Yo le dí á Librada esta tarde papel, sobres y un lapicito, jjí, jí!... Esta noche habrá cartita. Librada se la traerá á usted dentro de un ratito.

PEPE ¿Aquí?... ¡Oh, es muy peligroso!

TAFET. Aquí: en las barbas de la mismísima inquisidora, de la papisa Juana... ¡Ah, señora doña Perfecta, no hay enemigo pequeño! (Á Pepe Rey.) Ya dije á usted que su señora tía, con esa suavidad y esa diplomacia santurrona que ella gasta, me quitó mi placita en el Ayuntamiento, para dársela al sobrino de Licurgo, de su genizaro... y esa no se la perdono, ¡jí, jí!... no se la perdono.

Pepe Duro en ella. Pero la carta...

TAFET. Verá usted; en la portería del Casino, había un pliego para usted. Está abierte: no es más que una circular... Lo cogí, se lo dí á Librada... En él mete la cartita, lo cierra, ¡jí, jí!... Ya ve usted qué sencillo...

PEPE Muy ingenioso.

TAFET. ¡Jí, jí!...¡Ay, Pepe, no se pare usted en barras!...
Saque usted á la niña, aunque sea por el tejado...
y cásese usted pronto,... obsequie usted á su tía
con un berrinche muy gordo... á ver si revienta...

PEPE Bajarán esta noche... cree usted que bajarán?

TAFET. Usted lo verá luégo... jí, jí!... Lo que fuere sonará. Y ahora, querido Pepe, creo que debo retirarme... No vayan á sospechar nuestra conspiración.

*Pepe ¿Volverá usted?

TAFET. Me parece que no debo volver. Mañana me contará usted...

PEPE Pero no deje de advertir... (Entra María Romedios, viniendo de la calle.)

REMED. Santas y buenas noches.

TAFET. (Chist... que ésta es de cuidado. Métase en su * cuarto.) (Alto.) Hasta mañana, don José. A descansar. Eso no será nada.

PEPE Abur, don Juan. (Entra en su cuarto.)

TAFET. Adiós, señora doña María Remedios. ¡Usted siempre tan guapetona, tan amable...! ¡Jí, jí!...

Remed. Y usted, señor de Tafetán, siempre tan perdido, tan disoluto...

TAFET. ¡Jí, jí, jí!... Muchas gracias. Usted me favorece... (¡Así te parta un rayo!) (vase riendo.)

ESCENA VI

MARÍA REMEDIOS; DOÑA PERFECTA

Remed. El uno se queda, el otro se va... ¿Qué tramarán los dos libertinos, los dos escandalizadores del pueblo? ¡Oh, mundo inmoral, mundo de vilipendio...!

PERF. (Presurosa; viene del comedor) ¡Remedios!...

REMED. Señora.

PERF. Te vi entrar... /Y tu tio?

Remed. Cena esta noche en casa del señor Deán. A la vuelta entrará por aquí.

Perf. ¡Cuánto deseo hablarle!... ¡Y qué novedades hay? Remed. ¡Ah, señora...! ¡Novedades? Diga usted horrores.

PERF. ¡Jesús, me asustas!

Remed. Horrores, sí, y tales, que no sabe una como contarlos.

PERF. ¡Ave María Purísima!

Remed. Ya sabe usted que su sobrinito y ese esperpento vicioso de Tafetán...

Perf. Son amigos, sí. Tafetán le entretiene, le lleva y le trae. ¡El pobrecito Pepe está tan aburrido...!

Remed. Diga usted que el ingenierito las mata callando. Del otro no digamos. Bien sabemos que toda su vida no ha hecho más que cortejar mujeres. Él dice que por lo fino. ¡Sabe Dios qué finuras serán esas!... En fin, señora, da vergüenza verles por esas calles.

PERF. ¿Qué hacen, pues?

Remed. Esta tarde, iban por la calle de la Santa Faz Tafetán y su discípulo. Pasaron las de Troya; la mayor, María Juana, que es guapísima, y la pequeñuela, tan mona... ¿Qué creerá usted que hizo el cotorrón de Tafetán? Pues pararlas en mitad de la calle, y ponerse á decirles unas cosas... ¡ay qué cosas! Yo estaba en mi ventana baja, y sin quererlo, oí... digo, me entró por el oído, y me puse como la grana.

Perf. ¡Galanteos inocentes!... ¡A ver?...

Remed. Que si eran bonitas, que si eran... ¡saladas, señora, saladas! Que si el pié chico, que si la mano blanca, que si el... En fin, me callo.

Perf. Y Pepe no dejaría de echarles algún requiebro.

Remed. Aunque se hacía el indiferente, yo ví...

Perf. ¿Qué

Remed. Que se le encandilaban los ojos... Pero en esto

sale Caballuco de la tienda de Macho y ve aquel cuadro... ¡Ay, qué cuadro de liviandad, de corrupción y concupiscencia!... Ya sabe usted que Cristóbal es novio de María Juana... Es celoso como un gallo y fiero como un tigre. Pues señor, siguen las muchachas su camino; ellos van porotro lado. Cristóbal... pim, pam... tras ellos. Yo salí al instante...

PERF. Para calmarle...

REMED. Sí señora, para calmarle. Le dije que don Pepe le había mirado así... con mofa despreciativa... ¡Ay, cómo bramaba el muy bruto!... Dice que ha de desafiarle, y que viene acá esta noche á pedirle explicaciones...

Perf. ¡A mi casa! No; no quiero querellas en casa. Si viene, verás qué pronto le despacho. ¡Yo qué tengo que ver...!

Remed. Otra cosa. Desconfie la señora de toda la servidumbre de esta casa... menos de Librada. ¡Es un ángel! Por esa pongo yo mi mano en el fuego.

Perf. En punto á confianza, Librada es como yomisma.

Remed. Luégo, tan calladita, tan... Y en la iglesia da gusto verla. ¡Qué recogimiento, qué devoción! Es una chica que da ejemplo.

ESCENA VII

DICHAS; DON INOCENCIO

- Inoc. Eso es lo que hace falta: buenos ejemplos.
- PERF. (Alegre, yendo à su encuentro.) ¡Ah, don Inocencio...!
 ¡Con que novillos esta noche...?
- Inoc. (Bondadoso.) Señora mía, no me riña usted. Ya hice propósito de no retirarme á casa sin dar una vueltecita por aquí.
- PERF. ¿Y el señor Deán?
- Inoc. Ya puede usted suponer. Hemos hablado largamente de la desagradable escena de esta maña-

na en la Catedral. Yo no estaba alli... y me alegro.

Perf. Bien merecido le está á mi sobrino..... Que aprenda.

Inoc. Hallábase, según me contaron, embebecido en la contemplación de retablos, pinturas y sepul-

Remed. A la hora de misa mayor. ¡Qué irreverencia!

Perf. Ya sé... Y el señor Deán creyó procedente mandarle salir de la santa iglesia.

Inoc. Justo. Paréceme, y así se lo he manifestado, un rigor excesivo.

PERF. El hecho carece de importancia.

Inoc. Tal creo. Ya sabemos lo que son los artistas, los que sólo entran en el templo movidos de la fiebre del arte pictórico y monumental.

REMED. Infernales artes, digo yo ...

Perf. Pues bien, don Inocencio de mi alma, yo deseaba verle á usted esta noche porque, verdaderamente, estoy algo inquieta... Tengo que dar á mi hermano una explicación...

REMED. ¡Silencio!... Las puertas oyen. (Acethando en la puerta del cuarto de Pepe Rey.)

Inoc. (Bajando la voz.) ¡Explicación! Es muy sencilla. Si no mediara la conciencia, tendría usted que apurar el entendimiento para buscar razones. Pero mediando la fe sacrosanta, los grandes fines del alma, ante los cuales nada significa la conveniencia material, nada los vanos intereses y afectos de este mundo, no tiene usted que discurrir para expresar su resolución. Si la conciencia dice «no puede ser,» fácilmente y sin ninguna turbación lo repetirán los labios.

REMED. (Que le ha oíde con admiración, apoyando sus palabras con movimientos de cabeza.) ¡Qué bien!

Perf. (Reflexiva y melancólica.) «¡No puede ser!» ¡Qué duras palabras cuando median afectos de familia!

REMED. ¡Ay, mundo pérfido...!

Inoc. No le faltarán á usted disgustos, amarguras...
Pero...

Perf. Sí; para eso está la paciencia. Remed. La resignación cristiana...

Inoc. Y á estas alturas, créame usted, lo mejor es arrostrar de frente la negativa, abandonando ya los procedimientos indirectos, por más que sean suaves.. Sí, sí, señora mía. Pues él no parece comprender que debe alejarse y renunciar al matrimonio, convendría...

REMED. (Sintiendo abrir la puerta.) ¡Chitón, que sale!

ESCENA VIII

DICHOS; PEPE REY

PEPE (Detiénese receloso en la puerta.) (El canónigo.)

INOC. (Inclinandose coremoniosamente, sin demostrar afecto.) Señor don José...

PEPE (Con ironía.) Amigo don Inocencio, usted siempre tan bueno, tan amable...

INOC. Procuro ser ameno en la palabra, dulce en el trato, como inflexible en la conducta, en las ideas firme.

Pepe Así debe ser.

INOC. Y dígame, les cierto que la Sociedad Minera de Mundogrande le encarga á ústed trabajos de importancia?

PEPE Tal vez...

Inoc. Me alegro. Le conviene á usted la actividad, salir á trabajos de campo, ausentarse, recorrer todo el país. (Siguen hablando.)

PERF. (Aparte con Remedios á la derecha del proscenio.) Lo mejor que puedes hacer ahora es marcharte.

REMED. Señora, dejeme... Vendrá Cristóbal... Quiero presenciar...

PERF. (Intranquila.) No, no; vete pronto. Busca á ese bárbaro, y dile de mi parte que no parezca por acá.

REMED. Pero...

Perf. Anda te digo... No quiero cuestiones en casa... (Empojándola.) Vete...

REMED. Ya me voy... Procuraré verle, y... Adiós, adiós. (Vase María Remedios.)

Perf. Dime, Pepe, ¿has tenido alguna cuestión con Caballuco?

PEPE ¡Yo!

Perf. Me han dicho que está furioso contigo.

PEPE ¡Conmigo!

INOC. No haga usted caso de ese bruto.

PERF. Pues quiere nada menos que desafiarte.

PEPE ; A mi!

PERF. No, no temas nada.

PEPE ¡Temer yo!

INOC. ¡Pobre Cristóbal! (A doña Perfecta.) Si viene acá con alguna fanfarronada de las suyas, caliéntele usted las orejas.

Pepe Es lo que me faltaba, que ese animal...

Inoc. ¡Si es un alma de Dios!...

ESCENA IX

DICHOS; LIBRADA, con una carta voluminosa.

LIBR. Señora.

PERF. (Viendo la carta.) ¿Qué traes ahí?

Libr. Esto han traido para el señorito don José... del Presidente del Casino.

PEPE jAh!... ya sé. (Disimulando su gozo.)

PERF. (Cogiendo la carta de manos de Librada. Vase ésta. Doña Perfecta alarga la carta á su sobrino, observando con disimulo la letra del sobre.) Toma, Pepe... ¿Te escribe don Laureano?

PEPE Si, señora. (Disimulando su impaciencia.)

PERF. (Queriendo irse, pere retenida por la cariosidad.) Será encargándote algún proyecto...

PEPE (Cuida de que al abrir el pliego no se caiga la cartita que viene dentro, y ojea rápidamente el papol.) La Compañía Minera de Mundogrande me propone...

Pere. ¿Tendrás que salir á hacer estudios de campo?... Pere Forzosamente. Sí, querida tía, saldremos, correremos...

ESCENA X

PEPE REY, DON INOCENCIO, DON CAYETANO, JACINTITO, después DOÑA PERFECTA

CAYET. ¿No saben la gran noticia?

Inoc. Qué?

CAYET. Tropas en Orbajosa.

Jacint. Esta noche llegan á Villahorrenda... Pero no sabemos si vendrán aquí, ó seguirán á la capital de la provincia.

Perf. ¡Qué atrocidad! (Mal humorada.) Ya tenemos aquí las plagas de Faraón. ¡Soldados!...

JACINT. No es más que una provocación de ese Gobierno infame.

Pepe El Gobierno no provoca, caballerito; se previene contra las provocaciones. ¿Cuántas partidas han salido ya?

JACINT. Tres, la de Francisco Acero, la de Chispa, la de...

CAYET. Pero no valen tres cominos.

Pepe ¿Y el gran Caballuco no sale?

Perf ¡Oh, si éste saliera...!

PEPE ¡Si esto sonara!

CAYET. Ha dado su palabra al gobernador, según dicen.

Perf. Y la palabra de Caballuco es la paz de Orbajosa.

CAYET. Yo creo que ese batallón y los dos escuadrones que dicen, no vienen acá.

JACINT. Y si vienen, no es más que á presumir.

Pepe Pero señor, dejarles que vengan. Por algo les manda el Gobierno.

PERF. (Irritada.) Calla... ¡Ni qué falta nos hacen aquí militronches!

CAYET. Señores, tocan á retirada.

INOC. (A Jacinto.) Niño...

PERF. (A Pepe Rey.) Y tú, ¿qué haces?

Pepe Tengo que escribir... Enterarme de esto... contestar...

INOC. (Despidiéndose.) Sí, sí, que trabaje. Cada lobo por su senda... En vez de correr tras lo imposible, vaya usted tras lo posible y fácil. Ingeniero á tus ingenios, empresario á tus empresas...

PEPE A mis empresas voy.

Inoc. Adiós.

PERF. Descansar.

INOC. Buenas y santas noches.

JACINT. (Despidiéndose.) Señor don José... Señora...

CAYET. Pepe, que descanses. (Sale acompañando á don Inocencio y Jacintito.)

ESCENA XI

PEPE REY; DOÑA PERFECTA, después LIBRADA

PERF. (Mirándole recelosa.) Mejor es que trabajes en tu cuarto. Llévate esta luz.

PEPE (Examinando los papeles del pleito para disimular.) Si señora.

PERF. Buenas noches. (Se retira; vuelve, atisbadora é inquieta, queriendo observarle mejor.) Pepe...

PEPE Señora...

PERF. (Fingiendo cariño.) Vale más que te acuestes á dormir... No te calientes ahora la cabeza.

PEPE No,... si me acostaré pronto.

PERF. Vaya, que descanses, hijo. (Vase despacio, volviéndose para observarie. Ya cerca de la puerta, retrocede.) Oye.

PEPE (Disimulando su impaciencia.) ¿Qué?

PERF. (Clava en él sus ojos, como si quisiera adivinarle los pensamientos.) No vayas á olvidarte, y dejar aquí la luz...

PEPE Descuíde usted. Buenas noches. (Sale Librada con un farol.)

PERF. ¿Has registrado bien abajo?

LIBR. Si señora.

PERF. Pues ahora, lo de arriba. (Librada va delante. En la puerta, doña Perfecta se detiene, y vuelve á mirar á su sobrino, que continúa fingiendo que lee.) PEPE (Sin mirarla.) (¡Aún está ahí!)

Perf. (Desde la puerta, con voz blanda y calmosa.) Nada, nada... Cuidado con la luz, Pepe. No me quemes la casa.

PEPE. No la quemaré, señora. (Doña Pérfecta desaparece sin ruído, como una sombra.)

ESCENA XII

PEPE REY, después LIBRADA

PEPE (Mirando à la puerta.) Me causa terror. (Pausa.) ¿Me acechará todavía? (De puntillas va à la puerta y mira.) No; subió... Ahora entra en el cuarto de Rosario. Allí estará un ratito antes de irse al suyo. Y á todas éstas, no he podido aún leer la carta. (Vuelve à la mesa, y sacando la cartita del pliego, la ahre y lee:) «No salgas... bajaremos...» (Asustado, guarda la carta.) Siento pasos...

LIBR. (Que sale con el farol.) Señorito...

Pepe Librada, tú eres mi salvación.

Libr. Chist... bajito. (Secreteando.) Me ha mandado que registre otra vez, y que vea si se ha encerrado usted.

PEPE ¿Aún está con su hija!

Libr. Sí; pero en seguida se va á su alcoba... Llévese la luz.

PEPE ; Ah! es verdad. (Coge la luz y la mete en su cuarto, saliendo en seguida.)

LIBR. , Así... Ahora, haga como que cierra. (Pepe Rey echa la llave, dejando abierta la puerta.) Bueno. (Se refea.)

Pepe Oye. ¿La señora tiene el sueño ligero?

LIBR. No señor, muy pesado. PEPE (Asombrado) / Duerme?

LIBR. Como un tronco.

ESCENA XIII

PEPE REY

¡Dios mío! esa mujer terrible... ¿duerme? Con esa conciencia, ¿es posible en humana vida la

paz, el descanso del sueño? No, no creo que duerma. Fatigada, se enroscará como una serpiente, y el oído atento, abiertos los ojos, velará, velará siempre. (Poniendo atención, junto á la puerta. Vuelve hacia la izquierda.) Si Rosario baja, huiré con ella. Me la llevo, sí, la saco de esta horrenda cárcel. (Descorazonado.) Pero cómo? (Mira por la ventana.) ¡Qué obscura la noche... los muros de la huerta, qué altos!... Imposible salir de esta morada feudal sin violencia y escándalo. (Con decisión.) Pero si es preciso... (Vanando súbitamento de idea,) No, nada de violencia. La astucia, la malicia solapada es lo que se debeemplear contra tí, mujer insidiosa y resbaladiza. ¡Contra ti, tu sistema!... ¡Vencerte con tus armas, matarte con tu propio veneno!... (Siente pasos, y con gran ansiedad se aproxima á la puerta.)

ESCENA XIV

PEPE REY; ROSARITO, envuelta en un chal de color claro, calzada con chinelas que no hacen ningún ruído. La escena débilmente iluminada por la lámpara que Pepe Roy ha llovado á su cuarto. La puerta de éste abierta.

Rosar. Pepe... jestás aquí? (Avanza palpando.)

PEPE Vida mía, ven, dame la mano. (Le da la mano para evitar que tropicce en los muebles, y la lleva al centro de la escena.)
Por aquí.

ROSAR. Si veo, tonto. La luz de tu cuarto nos alumbra.

PEPE (La lleva al sillón.) Siéntate.

ROSAR. (Suspirando.) ¡Ay!... ¡qué viaje, qué ansiedad! Creí que no llegaba. (Tiritando.)

PEPE (Besándole las manos.) Alma mía, estás helada. ¿Por qué tiemblas? (Se sienta á su lado.)

Rosar. No tiemblo, no... El deseo de verte... la alegría de verte... El miedo de que mamá no este domida.

PEPE (Tocandole la frente.) Tu frente abrasa.

WHILE SOLD TO THE THE WENCE OF THE PROPERTY WENCE